


insufrible angustia metafísica, en un concurrido prostíbulo decorado con arte, figuras egipcias y las primeras pruebas fotográficas, en el que hay colegiales y lindas chicas de compañía, pero también, en un descuido, un monstruo acuclillado en un rincón, sobre un pedestal, que ha nacido en el burdel-museo y carga enrollado un miembro descomunamente mayor que él. ¿Se trata de aquel sueño del 13 de marzo de 1856 contado a Asselineau, o es más bien el fermento de novela que el poeta maldito prometió a su madre Caroline desde octubre de 1855 pero que nunca existió?

Si la belleza marchita, Calasso ha estado ahí cuando de lo caducifolio en Baudelaire ha brotado una de las decadencias más indescriptibles y áridas, pero también originales, que se han conocido hasta hoy. ¿Será posible acaso que el florentino haya vivido en el siglo de la *Belle Époque*? ¿Porque ha seguido tan de cerca al poeta maldito...! Por ejemplo, cuando era un perfecto desconocido y firmaba como Baudelaire Dufays y compartía con Champfleury su admiración por los *Salons* de Diderot, poniendo en boca de éste una cita propia; o cuando se adueña de dos expresiones de Stendhal sobre “lo bello” leídas en sus *Viajes a Italia*; o también cuando, a los 24 años, intenta suicidarse porque se le hace “insoportable la fatiga de dormirse y despertarse”; cuando se sintió un pájaro en una jaula, o una dama algo madura, curiosa, de ánimo excitable; o bien cuando libera sus angustias con melancolía suicida, que tira de los sonetos entre fragancias de flores malditas y miasmas enrarecidos con la cadencia de un minué de Chopin; un Baudelaire mediante interpósitas personas, como en el caso de Edgar Allan Poe, “bajo el cielo cuadrado de las soledades en algún recuerdo”.

La Folie Baudelaire es, por un lado, un atlas documentado de soterradas anécdotas del autor de los *Paraísos artificiales*; sobre su relación con otros artistas: “la áurea cadena” que tuvo Delacroix con Chopin y éstos con Baudelaire, la que tuvo con Armand Dutacq, fundador del diario *Le Siècle*, para extraer la quintaesencia de la *bêtise* o estupidez del periodismo; la que tuvo con Balzac, o con Flaubert cuando defendió su *Salammô* ante las vedadas invectivas de Sainte-Beuve. Por otro, es una ambiciosa investigación, donde las haya, del estatus artístico, filosófico y cultural de la

Francia que corre de las postrimerías del Ancien Régime hasta el Segundo Imperio.

Calasso se da tiempo de rastrear el origen de distintas nociones del poeta como “analogía”, “voluptuosidad” o “industrias culturales”, en Swedenborg y De Maistre, e incluso de especular respecto a la concepción baudeleriana de “Naturaleza”, presuntamente mal comprendida por Walter Benjamin; pero también de repasar los caminos ya conocidos, como aquel desdichado viaje a Versalles en la primavera de 1853 con la idea inicial de realizar una historia de Luis XIV; el que le deparaba, entre el hambre y la incertidumbre, la creación de *Las flores del mal* al hospedarse en un prostíbulo como resultado de haber despilfarrado con su amigo Boyer hasta el último céntimo. Páginas impregnadas de aquellas mujeres de Baudelaire: Jeanne Duval y la que Goncourt llamó “la cantinera de faunos”, Madame Sabatier, también conocida como “la Présidente”, a quien el bohemio dedicó seis poemas anónimos (entre ellos “Reversibilité” y “À celle qui est trop gaie”) aunque al final se identificara para solicitar su intercesión (como hiciera Flaubert con Mathilde) cuando era juzgado por la “sifilítica” publicación de *Las flores del mal*. Estupendo viaje, sea como fuere. 



Anadeli Bencomo,
Entre héroes, fantasmas y apocalípticos. Testigos y paisajes en la crónica mexicana,
Col. Voces del fuego:
testigos del Bicentenario,
Pluma de Mompox, Cartagena de Indias,
2011, 142 pp.

Daniel Centeno M.*

No es errado decir que la crónica en Latinoamérica se ha vuelto un género de gran demanda. Iniciativas como las de las revistas *Gatopardo*, *Soho*, *Orsai* o *Etiqueta Negra*, obviando algunos traspiés editoriales entre sus

* Doctor en Periodismo por la Universidad Complutense de Madrid. Es beneficiario del Bilingual MFA Program in Creative Writing de la Universidad de Texas, y director de la revista *Coroto*.



Xtabay Alderete: *Desde arriba*

filas, han demostrado la pertinencia de esta manera de escribir la realidad. No en balde la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano, presidida por Gabriel García Márquez, se empeña en calificar a sus mejores plumas como los nuevos cronistas de Indias.

Sin embargo, todo lo bueno trae un reverso: la crónica no es un género fácil. Por el contrario, requiere de ojo, rigor y pertinencia. Y esto es algo que desconocen muchos periodistas y escritores. De allí que no sea tan descabellada la definición que de ella ha creado Juan Villoro: “La crónica es literatura bajo presión”.

Bajo este supuesto se columpia parte de la premisa del libro *Entre héroes, fantasmas y apocalípticos. Testigos y paisajes en la crónica mexicana*, escrito por la estudiosa Anadeli Bencomo. Porque su autora, no contenta con armar una cuidada selección de exponentes como Carlos Monsiváis, José Duque, Rossana Reguillo, Sergio González Rodríguez, Alma Guillermoprieto, Luis Arturo Ramos y el mismo Juan Villoro, hace de cada caso un análisis destinado a demostrar la vigencia,

aciertos y hasta falencias (en caso de haberlas) de cada firma escogida. Nos aventuramos a pensar que parte del fin último de su investigación es, precisamente, demostrar la importancia de un discurso articulado en la construcción y acometida de un género que nada con soltura dentro de un sincretismo que conjuga la comprobación fáctica con el vuelo verbal y la interpretación de los hechos del relato.


Bencomo se asienta en la opinión de J. M. Servín para apoyar su clasificación de la crónica: la que se inscribe en el dato duro y el contenido social; y la que va detrás de una historia cotidiana con el fin de narrarla bajo los parámetros de un relato breve. También percibe al escritor de este género como un cazador que lleva una bala en su rifle, la única que debe reservarse a su puntería como “francotirador de limitado arsenal”. Y con esta idea reformula lo que debería tener un cronista de fuste: “mirada de cazador, oído de auscultador y resistencia de maratonista para recorrer kilómetros de territorios y de historias diversas”.

Por esta razón Bencomo no duda en preguntarse si ha sido bien ganada parte de la legitimidad del trabajo de Alma Guillermoprieto. Y no lo hace a la ligera. Por el contrario, después de la lectura de sus libros *Al pie de un volcán te escribo*, *Los años en que no fuimos felices* y *Looking for History*, la estudiosa reconoce en la mexicana a una corresponsal de dilatada trayectoria en medios como *The Guardian*, *The Washington Post*, *The New Yorker* y *The New York Review of Books*, que realiza sus despachos con buena pluma para un público norteamericano ansioso de una mirada estereotipada del exotismo latinoamericano. Para tal fin rescata el trabajo *Perdiendo el futuro*, originalmente publicado en *The New Yorker*, en el cual la cronista se adentra en una peregrinación por las calles del Distrito Federal en busca de respuestas al asesinato del candidato presidencial Luis Donald Colosio. Para desconcierto de Bencomo, Guillermoprieto lo hace dentro de la comodidad de un taxi, sin ocultar su asombro al escuchar la bulla de unos mariachis en la Plaza Garibaldi.

No obstante, cuando se trata de casos como los de Monsiváis, González, Reguillo, Ramos o Villoro, *Entre héroes, fantasmas y apocalípticos* celebra cada manera de capturar la realidad. Si en uno aplaude la prosa barroca y la intención de introducir formas ensayísticas en el discurso, en otros resalta el temple de enfrentar con dignidad escenarios más dados al corte sensacionalista de los medios, cuando no el ojo de un viajero accidental y/o turista cultural ante migraciones que ocupan tanto el interior como el exterior del sujeto.

Pero Bencomo no se queda sólo con esas muestras. En las veredas de su libro también se pasean nombres como los de Salvador Novo, Elena Poniatowska, José Joaquín Blanco, Ana García Bergua, Vicente Leñero, Fabrizio Mejía Madrid o Roberto Vallarino, entre otros, para dar una idea cabal del paisaje mexicano desde la óptica de la crónica. De allí que gran parte del atractivo de *Entre héroes, fantasmas y apocalípticos* reside en el esfuerzo de documentación y análisis académico de un género tan necesitado de explicaciones.

Esto recuerda el error que por mucho tiempo descansó en los libros sobre crónica: la mayoría mantuvo un comportamiento azotado bajo una errónea doble vía, a saber: los libros temáticos escritos por periodistas carecieron del conocimiento teórico y meto-

dológico, mientras que muchos de los salidos de las instituciones académicas olvidaron el elemento vivencial o callejero. En alguna ocasión el venezolano José Roberto Duque escribió una frase con ánimo de diferenciar los dos cauces: “El periodismo huele a sudor, la literatura a perfume”. La doctora Anadeli Bencomo parece no dudar de la definición de su compatriota, aunque también supo que atenerse a una separación tan tajante no la llevaría a ningún sitio. 



Claudia Posadas,
Liber Scivias,
Col. Hechos en palabras,
Serie Premios, 2,
Conaculta,
Tuxtla Gutiérrez,
2010, 182 pp.

Silvia Eugenia Castellero*

Vi una inmensa esfera redonda y llena de sombra, de forma ovalada, menos ancha por arriba, más amplia en el centro, que en su parte exterior tenía un círculo de luz chispeante, y por debajo una envoltura tenebrosa. Dentro de este círculo de llamas había un globo con brasas, tan grande que iluminaba toda la esfera. Sobre él había ordenadas tres estrellas que sujetaban este globo en su actividad ígnea, para evitar que se cayera poco a poco. Y este globo a veces se elevó y dio más luz, de tal modo que pudo lanzar sus rayos de fuego más lejos. Y luego, otras veces, descendió más abajo y el frío se hizo entonces más intenso, pues había retirado su llama...

El anterior es un fragmento de una de las visiones que Hildegarda de Bingen describe en su libro titulado *Scivias*, en el año de 1153. Visiones que no tuvo

* Nació en la Ciudad de México. Poeta y ensayista. Actualmente es directora de la revista literaria *Luvina*, de la Universidad de Guadalajara, y miembro del Sistema Nacional de Creadores.